

Notas en torno a exclusiones históricas y contemporáneas en el relato de la nación mexicana en el marco de su transterritorialidad*

Pensando algunos elementos que componen la idea de nación mexicana desde dimensiones históricas, biopolíticas y culturales, en este texto apunto algunas notas para preguntarme cómo es que el relato de la identidad nacional se ha gestionado no sólo para moldear la idea de una idea nación unificada, sino también para excluir determinados elementos poblacionales que han representado una amenaza para la estabilidad de dicho relato, sean éstos pueblos originarios o poblaciones que migran desde el exterior. Aunado a ello, me pregunto también por la continuidad de las exclusiones que vive la población mexicana residente en Estados Unidos en relación con el fenómeno de la transterritorialidad del Estado-nación mexicano.

A pesar de que el texto de la Constitución reconoce que la nación mexicana tiene una composición pluricultural a partir de los pueblos originarios que habitaban este territorio —los cuales, incluso, podrán ejercer su autonomía según sus criterios tradicionales— dicho reconocimiento estará sustentado solamente si se ejerce en un marco constitucional que asegure la unidad nacional. Es decir, en última instancia y más allá de sus usos y costumbres, cualquier otra comunidad o agrupación identitaria será subsumida en aquel gran ente llamado la nación mexicana.

* Elaborado por Juan Antonio Del Monte Madrigal. Profesor-investigador del Departamento de Estudios Culturales de El Colegio de la Frontera Norte. ORCID: 0000-0001-5041-0591; correo electrónico: jadelmonte@colef.mx.

Puesto en estos términos, preguntamos por la nación arrastra ciertas ansiedades ligadas con aquella idea que unifica a todos los habitantes de una nación en un territorio, a un pueblo homogéneo, sin fisuras y unidos por una idea de comunidad anclada en un espacio con límites geográficos claros. De manera evidente y reiterada en múltiples niveles —desde el intelectual más conservador hasta la propuesta política más progresista—, estas ansiedades precisamente han apuntado sus cavilaciones hacia todo aquello que pueda fragmentar la identidad nacional, como si ésta hubiera sido una construcción aséptica, armoniosa y libre de conflictos. En ese sentido, planteo aquí dos temas; por un lado, la falsa equivalencia de la idea de Estado con la de nación y, por otro, la idea del constreñimiento de nación a un territorio.

Según la lingüista mixe Yasnaya Aguilar, hay una falsa equivalencia moderna en plantear que los Estados son naciones.¹ Por si fuera poco, tomamos este funcionamiento de la organización geopolítica actual —la de los Estados-nación— como si así hubiera sido siempre. Tal como lo hace Aguilar, es preciso detenernos en descolocar algo que ahora nos parece obvio: la existencia de un mundo dividido en Estados-naciones es apenas un proyecto moderno que tiene alrededor de dos siglos. Y, sin embargo, cuando se habla de ellos, parece que la organización natural del mundo es aquella en torno a Estados nacionales. En todo caso, traer a colación esta falsa equivalencia tiene que ver con el hecho de que las naciones, pensadas como un pueblo, una identidad, una lengua, no han sido ni son necesariamente Estados. Es decir, Aguilar señala que el Estado-nación mexicano se ha fundado en eliminar o asimilar el peso de la importancia de pueblos y naciones indígenas al subsumirlas en la voz unificada del gran relato nacional mexicano, que encuentra en el criollismo y lo mestizo sus fundamentos ideológicos.

El Estado es más bien un proyecto político moderno que aglutinó una serie de pueblos y naciones que ahora están enmarcadas en una supraidentidad nacional que a golpe de

¹ Aguilar, Yasnaya, 2018, "Nosotros sin México: naciones indígenas y autonomía", *Nexos*, México, disponible en: <https://cultura.nexos.com.mx/nosotros-sin-mexico-naciones-indigenas-y-autonomia/>, consultada el 14 de agosto de 2022.

decreto constitucional (en muchos casos sustentados en conflictos bélicos que le precedieron y que arrasaron con poblaciones originarias) ha tenido que englobar toda la diversidad y pluralidad de naciones al interior de esta ideología nacionalista. En corto, lo que hay detrás de esto es la imposición de un proyecto estatal moderno por sobre otro tipo de aglomeraciones originarias en distintos puntos de lo que hoy se ha impuesto como el territorio nacional. En este sentido, preguntarnos por la nación mexicana, fundada en una identidad nacional, apunta a una estrategia moderna de ejercicio de poder, control y regulación de toda la población al interior de un territorio.

¿Cómo es que llegó a funcionar y amalgamar la idea de una identidad nacional mexicana? El punto clave aquí es entender cómo es que la nacionalidad, en términos de la pertenencia ciudadana a un Estado, se ha convertido en el valor más legítimo de la vida política contemporánea. Eso puede entenderse sólo acudiendo, además de a sus dimensiones ideológicas, a sus componentes sociales, biopolíticos y culturales. En tal sentido, la nacionalidad y la identidad nacional no sólo podrían entenderse desde categorías jurídicas (como lo establece la Constitución) sino también a partir de categorías socioculturales y ubicar la reflexión en entender la nacionalidad, la nación y el nacionalismo como una experiencia vinculada con los procesos regulatorios del Estado. Este tipo de planteamiento abreva de las referencias de un viejo conocido de la reflexión en torno a los nacionalismos, Benedict Anderson, quien piensa a la nación como una comunidad política imaginada inherentemente limitada y soberana.² La importancia de la propuesta de este autor radica en el hecho de que la definición de una nación y, por lo tanto, de una identidad nacional, no remite a procesos de interacción directa ni a territorios específicos delimitados. Cuando Anderson piensa a la nación como una comunidad imaginada, está planteando que podemos ubicar sentidos de pertenencia aun sin la interacción, es decir, la adscripción a una comunidad puede ser “imaginada”.

² Anderson, Benedict, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 2007.

Para Anderson, la nación es un artefacto cultural moderno, es decir, no es algo que haya estado siempre ahí. Como nos recuerda Yasnaya Aguilar, la nación es apenas un invento de la modernidad occidental que ha amalgamado la diversidad de pueblos en un territorio bajo el dominio de un Estado gobernante y en este sentido los ha pensado como un solo pueblo.³ La nación para Anderson es imaginada porque ésta vive en la mente y corazón de cada uno de los miembros de una nación, es decir, sus ciudadanos están en comunión con otros miembros que no conocerán jamás ni tendrán interacción con ellos y sin embargo se respetarán porque tienen un vínculo que los ata a una idea de comunidad, establecida en un territorio específico bajo un Estado particular que organiza su gobierno. El hecho de que la nación sea imaginada no quiere decir que sea algo falso, por el contrario, es tan real que opera en todos nosotros por medio de las regulaciones poblacionales que cada gobierno estatal ha impuesto. Sin embargo, la nación es limitada y tiene fronteras, las cuales son fundamentales para la existencia de la misma. Más allá de las fronteras hay otras naciones que también se imaginan limitadas, soberanas y en comunidad. Son soberanas porque se piensan libres, con el gobierno residiendo en sí mismas. Y, finalmente —y aquí es donde la solidez del concepto se vuelve escurridizo— la nación se imagina, según Anderson, en términos de comunidad, de un compañerismo horizontal.

Sin embargo, planteado de esta manera el concepto de comunidad como compañerismo horizontal pareciera apuntar a un relato de la identidad nacional puro. Aceptando la idea de los procesos imaginados en la construcción de una nación, lo que no nos permite ver

³ Las razones de la consolidación de la posibilidad de pensar en una nación son materia de un ensayo más extenso, sin embargo hay que tener siempre en mente que las naciones y los nacionalismos no pudieron emerger sin la ampliación del horizonte geográfico de la humanidad en los siglos XVII y XVIII, la degradación progresiva de las lenguas sagradas frente a las vernáculos, lo que deslegitima la organización en torno a gobernantes predestinados y, no menos importante, la consolidación de la organización capitalista y la emergencia de nuevas industrias (como la editorial) en un incipiente mundo globalizado de esos siglos.

esta propuesta es que la construcción de relatos nacionales ha sido, principalmente, el resultado del ejercicio del poder y de ciertas clases predominantes.

Permítaseme una digresión para comprender cómo es que en el caso de la nación mexicana fue una élite criolla en específico la que decidió cuáles eran los elementos dignos de conservarse y apropiarse para reconvertirse en el relato de la identidad nacional. Una idea recurrente en varios autores es que la idea tanto de patria o nación es una construcción intelectual creada a través de la élite criolla.⁴ Pacheco,⁵ por ejemplo, muestra que la idea de cultura mestiza, ese modo de unificar toda la gama de pluralidades étnicas con que se entiende la cultura nacional, tiene bases de la élite criolla cuyo fundamento sería el jesuita Clavijero. Será éste quien recupera el pasado indígena, lo convierte en un pasado clásico y “civilizado”, y que fundamentó en él las bases de la identidad mexicana, borrando de un plumazo toda la diversidad de pueblos originarios de estas tierras.⁶ Brading⁷ señala el mismo mecanismo, pero en las figuras de Ramírez y Altamirano que fundan la patria mexicana en el movimiento insurgente de 1810 según los ideales franceses revolucionarios. El discurso patriótico que, desde la política y la literatura, construyen estos dos personajes pretende ejercer una continuidad entre la independencia y la reforma, con lo que se percibe la construcción del relato de identidad desde estructuras jerárquicas. Henri Favre,⁸ por su parte, documenta el proceso en que se

⁴ Resuenan aquí los ecos de Anderson: “la nacionalidad, o la «calidad de nación», al igual que el nacionalismo, son artefactos culturales de una clase particular”, Anderson, Benedict, *Comunidades imaginadas...*, cit., p. 21.

⁵ Pacheco, José Emilio, 1983, en Aguilar Camín et al., *En torno a la cultura nacional*, México, INI-SEP, 1983, pp. 17-50.

⁶ Al denunciar el eurocentrismo, Clavijero está siendo igualmente etnocéntrico al ubicar la cultura azteca como la cultura capaz de ser ampliada a todas las poblaciones que viven en el territorio. Podemos percibir el mecanismo de construir relatos de identidad, en donde el autor ubica la identidad nacional con “un solo” pasado indígena, esencializándola.

⁷ Brading, David, “El patriotismo liberal y la reforma mexicana”, en Noriega, Elio, Cecilia (ed.), *El nacionalismo en México*, México, El Colegio de Michoacán, 1992, pp. 179-204.

⁸ Favre, Henri, “Raza y nación en México, de la Independencia a la Revolución”, *Cuadernos Americanos Nueva Época*, México, UNAM, vol. 3, núm. 45, mayo-junio de 1994, pp. 32-72.

toma conciencia de la importancia del indígena contemporáneo del siglo XIX, en donde más que discutir los términos desde dónde se piensa el indio, se discutía más bien su inclusión a la “civilización”; el marco racista no fue discutido. Barajas,⁹ por su cuenta, hace evidente el poder de la imagen visual para construir el relato de identidad nacional cuando nos presenta una historia cultural del retrato en el siglo XIX, orientado a percibirlo en su ejercicio de modulación y construcción de la identidad nacional mexicana.¹⁰ También insiste en que esto se ejerció desde la élite criolla, plasmada en las ideologías conservadora y liberal. Monsiváis,¹¹ finalmente, menciona que el discurso nacional ha sido construido por la élite criolla, y que los medios de comunicación han tomado el papel de creadores de estereotipos de la cultura nacional, donde la identidad es comerciable y está dirigida por grupos de poder. En estos textos es evidente cómo en la construcción del relato nacional influyen las jerarquías de élite.

Estos planteamientos se han enarbolado en el nombre de una identidad nacional confinada a un territorio específico y, sin embargo, la identidad nacional puede pensarse allende las fronteras de la república a partir de enfocar la mirada no en la geografía sino en las poblaciones que componen a la nación. Para ello es posible echar mano, en primera instancia, del concepto de transterritorialidad.

La idea de transterritorialidad da cuenta de un proceso de quiebre en el posicionamiento metodológico en las ciencias sociales que han dado predilección a la variable nación para la explicación de los fenómenos sociales, en especial sobre una idea de nación contenida

⁹ Barajas, Rafael, “Retrato de un siglo. ¿Cómo ser mexicano en el XIX?”, en Florescano, Enrique, *Espejo mexicano*, México, Fundación M. Alemán, 2002, pp. 116-177.

¹⁰ Esto cobra mayor importancia si pensamos la imagen visual como un mecanismo pedagógico para la población analfabeta. Monsiváis dirá que los medios de comunicación han retomado esta tarea.

¹¹ Monsiváis, Carlos, “La nación de unos cuantos y las esperanzas románticas (notas sobre la historia del término cultura nacional en México)”, en Aguilar Camín, Héctor *et al.*, *En torno a la cultura nacional*, México, INI-SEP, 1983, pp 161-219.

en las fronteras de un territorio definido jurídicamente. Esta idea esencialista de nación asume que el territorio define a lo nacional y deja por fuera toda actividad relacional de su población en la definición de la misma. La idea de territorio físico e inamovible ha dado paso a discusiones sobre la reterritorialización, transterritorialización y desterritorialización¹² para dar cuenta de que el espacio también se define a partir de la conexión, contigüidad y continuidad de las prácticas sociales, económicas, políticas y culturales de la población.

En el marco de estas discusiones, emergen contextos, situaciones y discusiones bajo la idea de que los Estados se constituyen también a partir de la dispersión de las personas que son culturalmente afines, lo que Basch, Glick y Black denominan desterritorialización de los Estados-nación.¹³ El enfoque de la transterritorialidad alude a la continuidad de los flujos culturales de personas que vinculan diversos espacios, lo que facilita la movilidad de comunidades, poblaciones, objetos, prácticas, producciones estéticas, entre otras dinámicas, que modifican día a día los espacios territoriales que son conectadas por ellas. De esta manera es posible comprender y problematizar que las movilidades transnacionales producen nuevas territorialidades relacionales.¹⁴

Esta discusión ha sido claramente trabajada desde la transfronteridad en la vecindad entre México y Estados Unidos, como espacios de articulación cultural que trascienden

¹² Gupta, Akhil y Ferguson, James, "Más allá de la cultura: espacio, identidad y las políticas de la diferencia", *Antípoda*, núm. 7, 2008, pp. 233-256. Disponible en: <https://revistas.uniandes.edu.co/doi/epdf/10.7440/antipoda.7.2008.10>.

¹³ Basch, Linda, Glick, Nina y Black, Cristina, *Nations Unbound: Transnational Projects and the Deterritorialized Nation-State*, Nueva York, Gordon and Breach, 1994.

¹⁴ Un desarrollo paralelo es el que sucedió con el concepto de "transnacionalismo", que emerge a partir del análisis de los flujos migratorios (especialmente en la frontera México-Estados Unidos) donde se caracteriza a las comunidades migrantes como configuraciones culturales y territoriales que se caracterizan por la dispersión, fragmentación y discontinuidad en los espacios geográficos. En este desarrollo importa entender a las fronteras como una fuente de poder en la reconstitución identitaria (Glick Schiller, Basch y Blanc-Szanton, 1992; Velasco, Laura, 2019).

los límites impuestos geopolíticamente.¹⁵ Vinculado con estas discusiones, podemos encontrar los antecedentes de la idea de México como una nación transterritorial en los escritos de intelectuales chicanos como Américo Paredes, quien desde una perspectiva culturalista y transfronteriza en la segunda mitad del siglo XX colocó elementos para pensar la identificación y reconocimiento de prácticas culturales de un “México de afuera”, un México que está más allá de las fronteras nacionales, un México que se instancia en la praxis de las personas en Estados Unidos. Desde su condición chicana, Paredes ponía en cuestión la idea de limitar a México, los mexicanos y toda práctica vinculada con esta nación sólo a aquello que se encuentra dentro de un territorio y se dedica a analizar elementos de recreación cultural en las producciones populares de los mexicanos en Estados Unidos. Para Paredes,¹⁶ la idea de un “México de adentro”, aquel territorio comprendido por las fronteras geopolíticas, se ve extendido por el “México de afuera” que está compuesto por aquellas prácticas culturales de las personas que han dado continuidad a una identidad cultural mexicana al otro lado de los linderos jurídicos territoriales.

La historia del “México de afuera”, ese México que vive en Estados Unidos, se ancla en el establecimiento de la línea fronteriza en los linderos del río Bravo a mediados del siglo XIX, donde los habitantes de esa tierra se convirtieron en foráneos inmediatamente después de la firma del tratado de Guadalupe Hidalgo. Dice Rodolfo Acuña,¹⁷ historiador chicano, que la nueva minoría étnica en dicho territorio quedó atrapada en una relación de dominación donde la hegemonía era ejercida por los americanos. La historia que siguió a lo largo de los siglos XIX y XX no sólo fue de atracción de flujos migratorios, sino también de prejuicios raciales, conflictos étnicos y vejaciones hacia la población mexicana radicada en Estados Unidos.

¹⁵ Valenzuela, José Manuel (coord.), *Transfronteras. Fronteras del mundo y procesos culturales*, Tijuana, El Colef, 2014.

¹⁶ Paredes, Américo, *Folklore and Culture on the Texas-Mexican Border*, University of Texas Press, Texas, 1993.

¹⁷ Acuña, Rodolfo, *América ocupada*, México, Era, 1972.

Sin embargo, los maltratos y denuestos hacia las poblaciones que quedaron culturalmente excluidas de Estados Unidos con el establecimiento de la línea fronteriza, no sólo se activaron por parte de quienes habitaban la nueva nación americana, sino que también fueron objetos de exclusiones por parte de la población en el territorio de lo que Paredes llama el “México de adentro”. Es decir, la población que quedó “fuera” del territorio nacional ha sido históricamente objeto de imputación de etiquetas estereotípicas como *pocho*, *chicano* o *rodino*, que aluden a una desacreditación de la condición nacional para los mexicanos del otro lado de la frontera, una forma de acusarles de traicionar los referentes culturales de la nación mexicana.¹⁸ Actualmente, la exclusión, el racismo y la discriminación que poblaciones mexicanas viven en Estados Unidos debe analizarse también a la luz de las continuidades históricas de esta discriminación transterritorializada.

Por otro lado, el ejercicio del poder en la construcción de la comunidad imaginada —que es la nación— se lleva a cabo a partir de diversos mecanismos de asimilación cultural y apropiación territorial, como en el caso histórico de la exclusión de las comunidades indígenas en la participación de la conformación de la nación o de las poblaciones allende sus fronteras, pero también en procedimientos contemporáneos biopolíticos de regulación, control y expulsión de poblaciones que buscan transitar o asentarse en este territorio.

Las perspectivas biopolíticas, en buena medida surgidas a partir de un planteamiento foucaultiano que supone que el poder se ejerce a partir de conducir y dominar las conductas, implican poner en el centro del debate los mecanismos reguladores y de control de la población —especialmente los biológicos— en el centro del ejercicio del poder. Estos mecanismos son especialmente asociados a determinados aspectos fenotípicos que derivan en procesamientos y gestiones racistas y clasistas de la dinámica demográfica de un país en específico. Tal es el caso de las dinámicas de control migratorio en nuestro país.

¹⁸ Valenzuela, José Manuel, *El color de las sombras. Chicanos, identidad y racismo*, México, El Colef, 1997.

Veámoslo con ejemplos concretos. Se estima que más de un millón 74 mil personas que radican en México nacieron en otro país. De éstos, 3 de cada 4 son nacidos en Estados Unidos.¹⁹ El resto de los extranjeros nacieron en países centroamericanos o sudamericanos en su mayoría. Por el contrario, el enorme grueso de los detenidos por la autoridad migratoria mexicana por no acreditar su situación migratoria al ingresar al país (que promedian 176,110 migrantes por año en los últimos cuatro años) provienen de los países más próximos en Centroamérica: Honduras, Guatemala y El Salvador, en ese orden.²⁰ Es posible también percibir una presencia irregular fuerte de países caribeños, específicamente de Cuba y Haití. La mayoría de estas detenciones devienen en retornos a través de las fronteras del sur.

Para el filósofo Roberto Esposito,²¹ la inmunidad forma parte de un continuo con la comunidad, donde aquélla se convierte en el mecanismo con que el biopoder controla las formas de vida que amenazan a la mayoría de la población de una comunidad. Los mecanismos de control de una población podrían verse, en este sentido, como una forma en que opera el sistema inmune de una comunidad, excluyendo todo aquello que pueda representar una ignominia o amenaza. Así, la inclusión de migrantes de Estados Unidos en el territorio mexicano y la exclusión de aquellos provenientes del sur global, puede ser interpretado bajo la lógica inmunitaria planteada por Esposito donde se “inmuniza” al cuerpo del Estado nacional con dosis de migrantes que se consideran no peligrosos, equilibrados racialmente o simple y llanamente se valoran como los adecuados para la reproducción del sistema económico, social y político. Aquellos migrantes empobrecidos y racializados han sido construidos como una amenaza para la seguridad del país y han sido expulsados del mismo, a pesar de los riesgos que ello conlleva.

¹⁹ ENADID, *Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica*, México, Instituto Nacional de Estadística y Geografía, 2018.

²⁰ UPM, Unidad de Política Migratoria, 2015-2021, *Boletines Estadísticos*, México, Secretaría de Gobernación.

²¹ Esposito, Roberto, *Immunitas: protección y negación de la vida*, Argentina, Amorrurtu, 2002.

Es decir, aquí podemos ver bases racistas y clasistas en los mecanismos regulatorios de inclusión y exclusión de migrantes para aquello que considera apropiado el Estado nacional pero también aquellos que deberán ser excluidos del cuerpo de la nación. Queda aún por investigar cuáles son los vínculos históricos de estos mecanismos biopolíticos *raciclasistas* con los relatos nacionales vinculados a la élite criolla y la idea del mestizaje como la base racial mexicana. Quede constancia, entonces, de que estas notas representan el inicio de una reflexión mayor.

Por supuesto, más que ofrecer respuestas concretas y cerradas, en este texto he intentado plantear algunas líneas de reflexión que generen más dudas para poder seguir planteando la pertinencia de preguntarnos por aquellos elementos que siguen apuntalando la nación mexicana en el marco de la reflexión sobre la nación transterritorial. He querido intentar pensar en torno a aquellos elementos —los indígenas, las poblaciones mexicanas en Estados Unidos y los migrantes— que apuntalan a la idea de una nación mexicana unificada cuando son excluidos de los relatos o prácticas que la conforman, ya sea por asimilación, por expulsión o por exterminio.